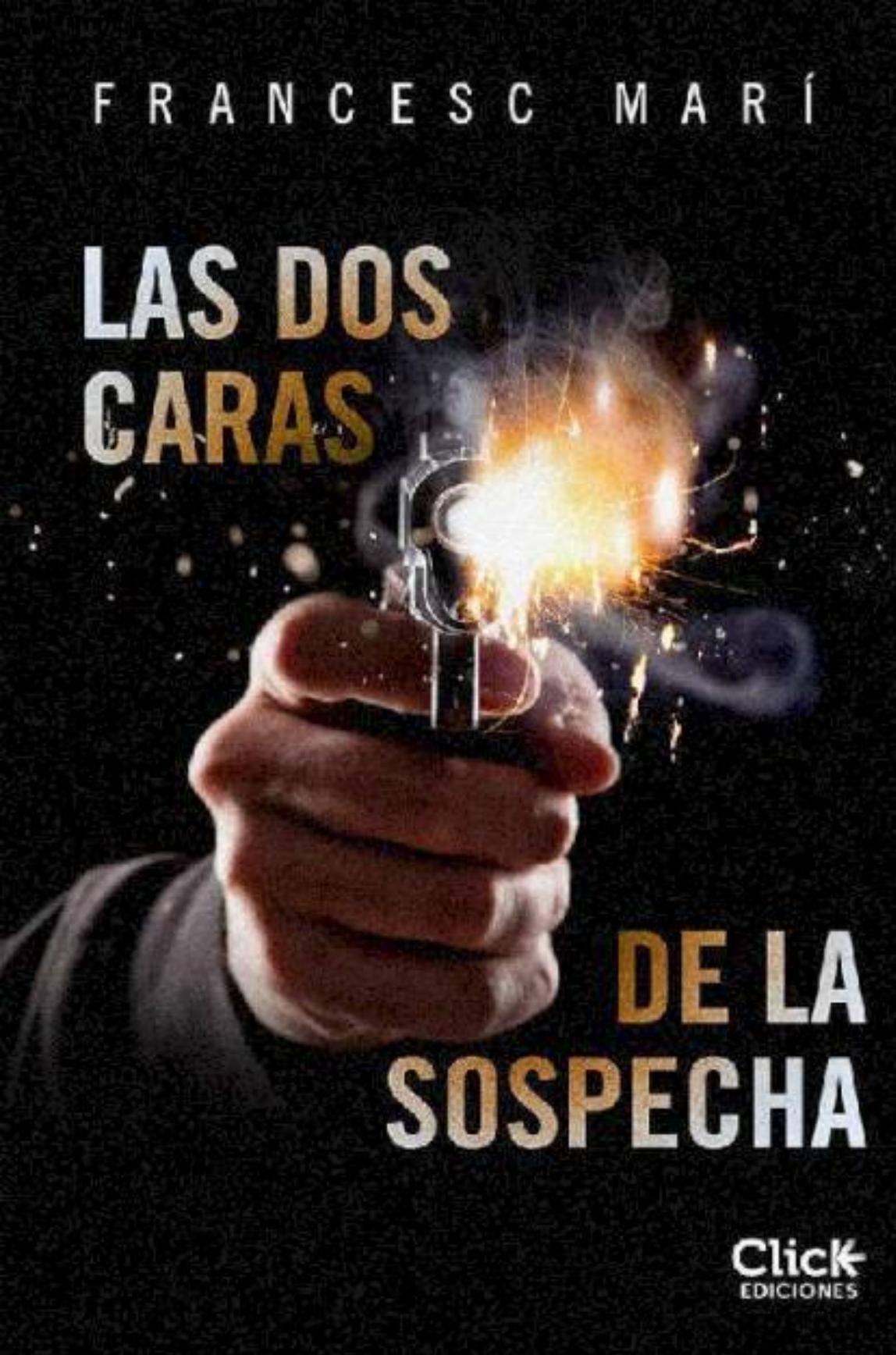


FRANCESC MARÍ

**LAS DOS
CARAS**



**DE LA
SOSPECHA**

Click
EDICIONES

Índice

Portada
Dedicatoria
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV

XXV

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Para mi padre,
por el esfuerzo*

I

Apretando levemente el pedal del freno, Jenkins entró al aparcamiento reservado. Poco a poco detuvo el coche frente a la garita del vigilante, que, a pesar de ser el mismo desde hacía más de diez años, siempre revisaba a todas las personas que entraban y salían del recinto.

—Buenos días, señor Jenkins —saludó el hombre alargando la mano a la espera de que el recién llegado le entregara su pase de seguridad.

—Buenos días, Pierre.

Cuando Pierre le devolvió el pase, subió la ventanilla y arrancó de nuevo su coche. Recorrió unos cuantos metros hasta que llegó a su plaza, aparcó en ella y paró el motor. Cogió su sombrero del asiento del acompañante y salió del coche. Antes de dirigirse al edificio contempló su vehículo. No era tan viejo como él, pero cuarenta años son muchos años para un coche.

Con paso decidido cruzó las puertas de cristal del edificio principal de la Agence Européenne de Renseignement, más conocida como la AER, cerca de los Jardines de Luxemburgo, en París. Pese a ser un organismo de seguridad e inteligencia, siempre había reinado en él un ambiente muy familiar, agradable. Mientras Jenkins andaba por los pasillos blancos recién remodelados, todo el mundo lo saludaba. Era uno de los empleados más antiguos de la plantilla, y hacía décadas que recorría aquellos pasillos. A pesar de ello, y de hablar un perfecto francés, le había sido

imposible deshacerse de su acento británico, que muchos catalogaban de gracioso. Por fin llegó al control que daba acceso al departamento al que había sido asignado.

—Buenos días, señor Jenkins —saludó Charles—, ¿todo bien?

—Por supuesto, Charles, como siempre —respondió mostrando la mejor de sus sonrisas a la vez que pasaba por un detector de metales.

—Que pase un buen día —le dijo Charles una vez le dio paso.

Jenkins siguió recorriendo los pasillos hasta que llegó a unas escaleras que bajaban hacia el sótano. A pesar de la edad que tenía (a sus ochenta años ya debería estar jubilado en la Costa Azul), había logrado conseguir y mantener aquel empleo tranquilo como jefe de documentación de la AER. Su expediente y sus méritos durante la década de los setenta como agente habían sido más que suficientes para que la actual dirección hiciera la vista gorda y le permitiera seguir activo.

Esa zona del edificio no había sido renovada, aún conservaba el horrible papel de color verde pastel que, según los expertos de los ochenta, relajaba. Las puertas no eran acristaladas, eran de madera vieja, de esas con las que puedes dar un portazo sin miedo a pulverizarlas.

Llegó ante la suya. La puerta era de madera y tenía una parte de cristal opaco con las palabras «Jenkins. Jefe de Documentación» estampadas en negro. Leyó su nombre y giró el pomo. Si bien el archivo era uno de los lugares más tranquilos del edificio, el hecho de que estuviera en el sótano impedía que la luz natural iluminara aquellos despachos, dándole cierto aire triste al lugar. Jenkins alargó la mano y accionó el interruptor. Las luces iluminaron el espacio que se abría ante él, permitiendo ver que su viejo despacho seguía igual que siempre.

Colgó el sombrero en el perchero y se dirigió a su butaca de piel. Parecía que aquel lugar no tuviera nada que ver con la zona principal, repleta de alta tecnología. Lo más moderno de su puesto de trabajo era un antiguo ordenador portátil que servía para redactar e imprimir las fichas de todo lo que cruzaba aquella puerta.

Se oyeron unos golpecitos en el cristal opaco.

—Adelante.

—Buenos días, señor Jenkins —dijo una chica joven con gafas y cara de susto, cargada con un montón de papeles, sobres y carpetas.

—Marie, te he dicho mil veces que me llames Alfred.

—Lo siento, señor Jen... Alfred.

Jenkins sonrió. Marie era una excelente trabajadora; a pesar de su aspecto asustadizo, tenía un cerebro privilegiado y no tenía miedo ante los trabajos de un archivo tan importante como el de la AER.

—¿Qué tenemos hoy?

—Bien —dijo Marie acercándose—, por fin han llegado los expedientes de los nuevos reclutas que deben ser archivados. Además, tenemos un montón de cartas. No se preocupe, han pasado por el control, y finalmente han llegado las carpetas del caso Stratos.

—¿Stratos? —preguntó sorprendido Jenkins.

—Sí, señor —Marie se acercó y le entregó las carpetas que llevaba.

Eran las clásicas carpetas con los informes y las principales pruebas documentales de los casos. Este tipo de archivos eran de los que tardaban en llegar. Entre que se cierra el caso y se da por concluida la operación pueden pasar meses, incluso años. Como en esta ocasión, en la que habían pasado dos años desde que se cerró oficialmente el caso.

Sin dudarle, Jenkins abrió las carpetas.

—Pero, señor, no podemos hacer eso... —empezó a decir Marie.

—¿Crees que con ochenta años y cincuenta como empleado de la AER me pueden hacer algo? —dijo sonriendo Jenkins, mientras Marie lo contemplaba asustada y sin apenas respirar.

En su interior estaban los informes redactados por el agente asignado a la misión, un dossier lleno de recortes de periódico y una libreta.

—Señor, si me lo permite, creo que yo no debería ver nada de esto —dijo por fin Marie—; además, todo esto debe ser archivado y clasificado.

—Adelante, Marie, adelante —dijo Jenkins—. No sé qué haríamos en Documentación sin ti.

Al escuchar eso de su jefe, Marie se sonrojó y se fue con las cartas y los informes por clasificar.

Jenkins empezó a ojear los recortes de periódicos. La mayoría eran del año 2012; los había anteriores, pero los principales eran de dos años atrás. Se notaba que todo eso había sido metido de cualquier forma en la carpeta para que se clasificara y se perdiera en los archivos de la AER para siempre.

El caso Stratos había sido uno de los más sonados de la AER. Seguramente, la prensa en general no se enteró demasiado, pero en los pasillos de la agencia había ocupado largas conversaciones frente a las máquinas de café. Según la versión oficial, el agente Cameron había perseguido sin descanso a un asesino a sueldo que actuaba por todo el continente europeo, cuyo nombre en clave era Stratos. Pero las cosas que eran de dominio público no iban más lejos, no se conocía el desenlace del caso y parecía que nadie estuviera interesado en que se supiera, ya que se habían enviado esas carpetas como si fueran unas facturas sin importancia.

Jenkins siguió ojeando el contenido de las carpetas, hasta que no pudo evitar empezar a leer detenidamente página tras página. Aunque estuviera ahí semanas, quería saber la verdad sobre el caso Stratos.

Del contenido de la carpeta lo que más llamaba la atención era la libreta. Era una libreta como cualquier otra, y en la tapa no había nada que dijera qué contenía. Jenkins la abrió y pudo comprobar que se trataba de un diario. En concreto, del diario de Stratos, en el que explicaba todo lo sucedido.

—¡Madre mía! —exclamó.

Sin pensárselo dos veces, empezó a leer.

Hola, me llamo Mark y soy un asesino a sueldo. Seguramente, si estáis leyendo esto, es que estoy muerto, o que algún ladrón poco inteligente me lo ha robado... En ese caso, peor para él. Pero eso ahora no importa. Algún lector que se cree muy listo se preguntará por qué un asesino a sueldo decide escribir su vida en papel...

—¡Por la virgen! —exclamó de nuevo Jenkins, haciendo que Marie entrara en el despacho sin llamar antes.

—Lo siento, señor, pero le he oído gritar y pensaba que...

—No te preocupes, Marie, simplemente me he sorprendido del contenido de estas carpetas. —Hizo una pausa—. Puedes seguir con tu trabajo.

Marie desapareció de nuevo y Jenkins se adentró en la lectura del contenido de aquellas carpetas.

Unos golpecitos en el cristal le sorprendieron e hicieron que levantara la cabeza de su interesante lectura.

—Señor Jenkins —era Marie de nuevo—, son las cinco...

—¿Ya? —preguntó sorprendido mirando su reloj de pulsera.

—Venía a despedirme, nos vemos mañana.

—Adiós, Marie, hasta mañana.

Cuando la chica desapareció cerrando la puerta, Jenkins no pudo evitar pensar en cómo se le habían pasado aquellas horas. Sin duda alguna, aquella carpeta era lo mejor que había leído en años.

A esa hora podía volver a casa y dejar ese archivo para el día siguiente, o quedarse en el despacho hasta que hubiera terminado. Miró todos los papeles esparcidos por encima de su mesa. No podía evitarlo. Cogió de nuevo lo último que estaba leyendo y prosiguió en su pequeña investigación. No abandonaría su despacho hasta que supiera qué había sucedido dos años atrás.

II

Lo sabía, sabía que tarde o temprano llegaría el momento en que tendría que desprenderse de su querida amiga. Durante años le había acompañado en numerosos trabajos, era siempre la escogida, no dudaba, siempre recurría a su firmeza y precisión para llevar a cabo los más complicados objetivos. Esta ocasión era especial, no dejaría que la tristeza lo conquistara, su amiga merecía una gran despedida, y esta era la mejor forma de hacerlo. Un último trabajo y desaparecería de la faz de la Tierra.

Llevaba encerrado en aquel baño toda la noche, pero la hora definitiva se acercaba. Su objetivo era un hombre de costumbres, seguramente un director de un banco o de una empresa importante, no le importaba. Cuanta menos información tuviera, mejor; él era el brazo ejecutor, el cerebro eran sus clientes. Para él los motivos eran obstáculos para realizar su trabajo, tan solo quería una foto y un nombre, con ello planificaba la mejor estrategia. En un plazo de veinticuatro a cuarenta y dos horas recibía el encargo, localizaba el objetivo, trazaba el plan y lo ejecutaba. Pero este tenía que ser alguien importante. Le exigieron más tiempo de planificación, pero le recompensaron con lo suficiente como para desaparecer.

Había llegado el momento de prepararse. Abrió la funda y empezó a montar con sumo cuidado a su compañera. La culata, el cañón, el percutor, todas eran piezas esenciales de su rifle, su «amiga», como solía llamarlo. Con un lige-

ro giro de muñeca acopló el silenciador al cañón; estaban listos. Trabajaba con esa arma desde hacía unos diez años, seguramente era su segundo o su tercer rifle, pero fue el definitivo. Tenía piezas de otros, pero era la combinación perfecta entre firmeza y precisión lo que necesitaba para su trabajo.

Después de horas encerrado en aquel metro cuadrado le dolían las piernas, pero estaba acostumbrado, en peores lugares había estado; en aquel al menos podía solventar sus necesidades fisiológicas. Antes de salir de aquel pequeño habitáculo, abrió la rejilla que estaba encima de su cabeza e introdujo en los canales de ventilación la funda de su «amiga»: cuanto menos llevara encima, mejor.

Faltaban diez minutos. Todavía tenía que salir del baño, recorrer la planta hasta llegar al ascensor, acceder al hueco de este, subir hasta la planta más alta del edificio y terminar el trabajo.

Durante todas esas horas no había estado ocioso, la noche había sido movida. Después de confirmar a través de su portátil que el edificio había quedado vacío, se deslizó por los tubos de ventilación, recorrió infinidad de metros impulsándose solo con la punta de los pies hasta el sistema eléctrico de seguridad, y, desconectando los cables apropiados, que no siempre eran el rojo o el azul, se había creado una vía de entrada a la azotea del edificio, el lugar escogido desde hacía una semana para realizar el trabajo.

El objetivo, cuyo nombre había preferido olvidar, era rutinario. Salía de su casa a las ocho en punto, ni un minuto antes ni uno después, lo había comprobado, subía por la avenida comercial hasta llegar a la gran plaza de la ciudad, por donde pasaba siempre por el centro, ni un metro a la izquierda ni a la derecha, para, más adelante, entrar en la estación de tren, donde tomaba el tren de las ocho y cuarto dirección sur hasta llegar a una ciudad vecina donde en-

traba en su oficina. Pero esto ya no importaba, el tren podía fallar, la oficina podía estar llena de gente o podía estar cerrada. Lo que nunca cambiaba era su trayecto desde su casa hasta la estación, siempre el mismo; incluso coincidían los tempos de los dos semáforos que cruzaba. Su objetivo era puntual como las agujas de un reloj. A pesar de los temores de sus clientes, no entendía por qué le habían exigido más tiempo de planificación. El objetivo era sencillo, tardó poco en decidir el momento en el que realizaría el trabajo.

Una vez fuera del baño, confirmó que no había ningún guardia de seguridad despistado y recorrió la planta hasta el otro extremo, pasó entre perchas y estantes llenos de ropa para hombre. Alguna vez había estado en esa planta, e incluso podía haber comprado alguna prenda, pero eso ya no podría repetirse; dentro de poco desaparecería. Por fin llegó a los ascensores. Ninguno de los dos estaba en la planta; eso le permitía abrir las puertas, como había hecho muchas otras veces para colarse en el hueco del ascensor. Con las puntas de los dedos en la rendija de separación de las dos puertas empujó para abrirlas. Con su cuerpo apoyado en una y su pie derecho en la otra consiguió empujar con bastante fuerza como para reposar un segundo antes de saltar a la pared del fondo del hueco del ascensor. Tenía que ser un movimiento rápido. En un segundo saltó, a la vez que dejaba de sostener las puertas. Con ambas manos se cogió a una de las vigas de hierro que recorrían toda la pared y, sin dudarle, empezó a trepar por ella.

Al subir seguía pensando en por qué tanto tiempo si era un objetivo fácil. Pero eso no importaba: realizaba el trabajo, cobraba y desaparecía del mundo, esos eran los pasos. El boca a boca era su sistema de publicidad. En poco tiempo se había labrado una buena reputación, y en unos años era uno de los mejores del sector; no hacía preguntas, no

tenía teléfono, su contacto era un apartado de correos, sin intermediario. Sabía que era lo mejor, la manera más limpia, sin cabos sueltos. Trabajaba solo. Nunca aceptaba trabajos con más de un objetivo. Un segundo, un detalle, cualquier cosa podía alertar a su objetivo y hacer que se desperdiciara todo el trabajo. El cliente tan solo daba una foto y un nombre, nada más, ni un motivo, ni una razón, ni un detalle de más, todo eso eran problemas y complicaciones.

Por fin llegó a la azotea. A esa hora de la mañana del mes de febrero era normal notar el frío. Al salir a través de una ventana y subir por la pared exterior, el viento le acarició la cara. No era un viento fuerte, sino suave, de mañana, con la humedad del rocío presente en cada bocanada de aire que tomaba. Era agradable trabajar de esa forma. El problema de su oficio eran las condiciones en que se trabajaba: humedad, lugares pequeños, horarios irregulares... Nadie desearía un trabajo como ese, salvo los que han nacido para ello, como él.

Faltaban cinco minutos, tenía tiempo para prepararse al borde de la azotea, encontrar el objetivo a simple vista, seguirlo con la mira telescópica y acabar el trabajo. Después tan solo le faltaría salir del lugar. En esta ocasión esa parte del trabajo le había supuesto más de un quebradero de cabeza. Después del tiro volvería al hueco del ascensor, cruzaría la planta en dirección contraria, entraría en el baño, se desharía de su «amiga» y saldría por la escalera de emergencia que daba a la calle lateral.

Durante su trabajo no sentía ningún tipo de placer. Era como el oficinista que teclea en su ordenador o el operario de una fábrica: un trabajo. Había conocido a compañeros de oficio que realmente disfrutaban con ello. Él no; para él no era más que un trabajo. Se descolgó el rifle de su espalda y lo empuñó sabiendo que era la última vez que lo ten-